

Francisco J. Santamaría:
Una presencia cotidiana
Adolfo Castañón



**Francisco J. Santamaría:
una presencia cotidiana**

C O L E C C I Ó N
ANDRÉS IDUARTE
Biografías y Perfiles

José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Francisco J. Santamaría: una presencia cotidiana

Adolfo Castañón
Academia Mexicana de la Lengua



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco

Primera edición, 2013

D. R. © Universidad Juárez Autónoma de Tabasco
Av. Universidad s/n, Zona de la Cultura
Colonia Magisterial, C.P. 86040
Villahermosa, Centro, Tabasco.

Queda prohibida la reproducción parcial o total del contenido de la presente obra sin contar previamente con la autorización expresa y por escrito del titular, en términos de la Ley Federal del Derecho de Autor.

ISBN: 978-607-606-158-9

Hecho en Villahermosa, Tabasco, México.

Presentación

En nuestro estado la oralidad así como la escritura han tenido un peso importante entre la población. Si todo lenguaje es comunicación, como afirmaba Octavio Paz, entonces es innegable que poseemos una tradición literaria sólida a la que han contribuido varios escritores y académicos con obras de gran calidad, cuyas aportaciones al análisis, conservación y práctica del lenguaje son la base en la configuración de la memoria colectiva.

A raíz de esta premisa, el presente proyecto editorial tiene el propósito de homenajear a los intelectuales tabasqueños que han pertenecido a la Academia Mexicana de la Lengua, mediante las palabras de distinguidos colegas que ocupan actualmente una silla en la noble institución encargada de estudiar y regular el uso, formal y coloquial, de la lengua española.

Las imprescindibles letras en la cultura mexicana y tabasqueña de Joaquín Demetrio Casasús, Manuel Sánchez Mármol, Celestino Gorostiza, Andrés Iduarte, Carlos Pellicer, José Gorostiza, Francisco J. Santamaría y Ciprián Cabrera Jasso, son las que ameritan una revisión entre pares para conformar esta significativa colección editorial.

En esta ocasión, a cincuenta años del fallecimiento de Francisco J. Santamaría, Adolfo Castañón nos invita a un recorrido por la vida y obra de este ilustre lexicógrafo, a través de un texto leído con anterioridad en voz alta en Casa Lamm, en la ciudad de México, el 14 de marzo de 2013.

Esperamos profundamente que este trabajo incremente el interés de la comunidad universitaria por los hombres y mujeres que ponen el nombre de nuestro estado y su cultura en el privilegiado sitio que merece.

Dr. José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Francisco J. Santamaría: una presencia cotidiana

Homenaje luctuoso de la Academia Mexicana
de la Lengua a don Francisco J. Santamaría,
a cincuenta años de su fallecimiento.
Casa Lamm, México. 14 de marzo de 2013

Hablamos y escribimos sin darnos cuenta: las lenguas, la lengua nos habla y es a la vez lo más vulnerable pero también lo más perenne. “Cancha” es una voz de origen quechua, mientras que “escorbuto” viene de las antiguas lenguas germánicas y eslavas. A las palabras se las lleva el viento o los rayos de las pantallas, pero el imperialismo de la lengua atraviesa siglos, geografías, fronteras de casta y clase. No nos cansaremos de decir cuán afortunada es la situación de la lengua española en el mundo, a pesar de sus reyes, inquisidores, censores, gobernadores, rectores y señores que dictaban leyes desde su cátedra o asiento. Nadie se dio cuenta en su momento, pero España fue enterrando espejos por todo el orbe a partir de 1492: la conquista de América y la enigmática expulsión de los judíos por Europa y Medio Oriente produjeron una diseminación de la lengua española que, al salir de las fronteras, se salió del cauce y del curso, se salió de madre, se desmadró para que los recién llegados a ella — que la veían llegar en muchos casos sin haberse movido un ápice de su cuna nativa— pudiesen o tuviesen que innovarla, a veces a su pesar... La lengua de España quedó enterrada como una mina o un espejo dispuesto a estallar en cuanto la hora llegara. Muy pronto la hora llegó. Llegó tan pronto que ya casi pasa. Por eso los que nacimos en la cuna del español tenemos a la

vez cierta prisa y cierta conciencia de tener la eternidad adelante y atrás.

De todas las lenguas habladas en el continente europeo, salvo el inglés, el español es sin duda la más vivaz y plástica, la más distante del clasicismo, y por ello quizá la más tentada por el demonio del buen gusto, y la brujería del decoro mal entendido, tentada por la magia siniestra de lo aparente y superficial, lo descastado y dizque cosmopolita, global o mundial... De ahí que la lengua española no sea una lengua muerta por más que algunos enseñantes de aulas previamente sanitarizadas —suena feo, pero huele peor— aspiren a reducirla o fragmentarla a una de sus partes a expensas de su devoradora totalidad. A una lengua muerta —observa un lingüista citado por E.M. Cioran— se le reconoce porque no se tiene derecho a cometer faltas en ella, lo cual significa —añade el rumano maldito— que no se tiene derecho a introducir en ella ninguna innovación. El español hablado en América, el español hablado en México es uno de los espacios de libertad lingüística y de enunciación privilegiados en el mundo, ya no sólo de habla española sino latina y aun europea y transatlántica para saludar aquí al aula de Julio Ortega, peregrino andinoamericano de nuestros días. Ese instrumento privilegiado resulta encarecido por la conciencia escrita, articulada y reticulada de ese diccionario de autoridades criollo, mestizo, nacional y

regional, americano, caribe y castizo que es el *Diccionario de mejicanismos* de Francisco J. Santamaría, un libro-raíz, un libro-árbol como dirían Fina García Marruz y Lezama Lima, que ha tenido la fortuna de tener nobles sucesores. El diccionario ha tenido en el plazo largo un efecto de articulación y organización del cambio lingüístico, literario e histórico, un efecto de trampolín o plancha que sabe hacernos surcar, surfear el tornadizo oleaje de la fugaz actualidad. A la unidad mínima de tiempo, la llamamos “segundo” porque el primero ya pasó.

00

Francisco J. Santamaría sabía que un diccionario de mexicanismos es, desde la teoría lexicográfica, un caso especial, distinto del de los diccionarios generales o integrales. Sabía que un diccionario de mexicanismos es como una imagen estática o una fotografía fija del estado de una lengua en el tiempo y que, en consecuencia, está expuesto a la historia y sus mudanzas. Por ello mismo, no se le escapaba que el valor de su diccionario debía respaldarse en una vasta y rica documentación literaria e histórica, y que cada palabra y cada voz, cada ficha, debían anclarse en unos bancos de referencias lo más interrelacionados posible, lo más aptos para rendir versátiles el uso y empleo de las palabras. Tal documentación, derivada

de fuentes literarias, históricas y periodísticas, confiere al *Diccionario de mejicanismos*—y antes a su hermano mayor, el de americanismos—, el estatuto de un “Diccionario de autoridades” mexicanas y americanas.

El “imprescindible Santamaría”, así llama don José G. Moreno de Alba al diccionario del tabasqueño en la introducción al *Diccionario de mexicanismos* elaborado y coordinado por Concepción Company Company. Imprescindible, pues sin este vasto acervo que combina mexicanismos diacrónicos y sincrónicos serían inconcebibles los lexicones en que se respalda y va fijando la evolución del español en México, y en América. El genio de Santamaría es el de haber rescatado del caos y del pantano el español hablado en México ennobleciéndolo con el estatuto de la investigación lexicográfica.

I

Cada jueves, en las sesiones de la Comisión de Consultas de esta Academia Mexicana de la Lengua, se abre como quien alcanza el pan el *Diccionario de mejicanismos* del ilustre tabasqueño Francisco J. Santamaría (1889-1963): “Santamaría, el Santamaría” es para nosotros (José G. Moreno de Alba, Ruy Pérez Tamayo, Vicente Quirarte, Felipe Garrido, Patrick Johansson y el de la voz, presididos

por Gonzalo Celorio), el nombre de un cuerpo de referencia ineludible y cotidiana, cuyo prólogo él presentó como discurso de ingreso a esta corporación titulándolo el “Novísimo Icazbalceta”, al cual dio respuesta el escritor y diplomático Francisco Castillo Nájera. El de Santamaría se añade así a otros apellidos ilustres que dan nombres a diccionarios y obras de referencia como son en nuestra lengua el de Icazbalceta, María Moliner, el Seco, el Mialaret, el Baralt, el Cuervo, el Guido Gómez de Silva, el flamante Company coeditado por la Academia Mexicana de la Lengua y Siglo XXI y, en otras lenguas, el Littré, el Webster o el Larousse, nombres de diccionarios hechos y organizados en la mayoría de los casos por un sólo individuo y que llevan un sello personal. Es el caso de la novela recientemente publicada por Simon Wichester: *The profesor and the Madman* (James Murray y P. W. C. Minor). Santamaría es, además de autor de *El Diccionario de americanismos* publicado años antes, en 1942, y del de *mejicanismos*, de muchas otras obras de lexicografía, filología, historia, investigación y además de obras narrativas como los cuentos *De mi cosecha* (1921) o la estremecedora *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre* (1937) para no hablar de las *Crónicas del destierro: desde la ciudad de hierro. Diario de un desterrado mejicano en Nueva York* (1933). Fue también autor de *La poesía tabasqueña* (1950); *Memorias, acotaciones y pasatiempos*

(1981) en varios volúmenes. También escribió *El movimiento cultural en Tabasco* (1946); *El periodismo en Tabasco*, estado del que fue primero senador entre 1940 y 1946 y luego gobernador entre 1947 y 1953. A la del único sobreviviente de la matanza de Huitzilac, como gobernador, a Santamaría “le tocó inaugurar una obra tan deseada como esperada para la integración de Tabasco a la nación: el ferrocarril del sureste, que partía de la Estación Allende en Veracruz, y luego de atravesar el territorio tabasqueño por su costado de tierra adentro, llegaba hasta Campeche”.¹

Durante esa gestión se publicaron en Tabasco alrededor de ochocientos títulos. Es autor de los críticos y minuciosos *Domingos académicos* (1959), obra batalladora y complementaria de sus diccionarios y en cuyas páginas se puede comprobar el porqué en su juventud como tribuno Santamaría fue llamado el Juez Lince. Cabría decir que como lexicógrafo y filólogo, Santamaría merece ser llamado también con ese apelativo: el de Filólogo Lince que lo asocia a los caballeros tigres y hombres jaguares del pasado mesoamericano.

¹Carlos Martínez Assad, *Tabasco. Historia breve*, 1ª ed. 1996; 2ª ed. 2006; 3ª ed. 2010; 4ª ed. 2011; Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y Fideicomiso Historia de las Américas, p. 314

II

La copiosa bibliografía de Francisco J. Santamaría se arraiga en una vida trazada desde el inicio por el llamado de una vocación intelectual y literaria. De cuna muy humilde, rural y campesina, el niño Francisco Javier Santamaría hizo sus primeros cuatro años de instrucción primaria en el rancho de Macuspana —lugar a donde fue a vivir poco después de que lo alumbrara su madre— a donde ayudaba a su tío en los trabajos del campo. Lo hacían soñar las letras, y los números fantasear como las aguas caudalosas de su majestad el río Grijalva a cuyas orillas frondas descansaba luego de las faenas y a cuya geografía e historia dedicaría una notable y erudita monografía años más tarde. A orillas del río, el niño premeditaba con impaciencia su traslado a la ciudad capital de Tabasco, San Juan Bautista de Villahermosa. Santamaría nació el mismo año que Alfonso Reyes, Gabriela Mistral, Henry Miller y la Torre Eiffel, y en la misma región nativa de nuestra señora la Maliche, Marina Malitzin, como la llamaba Bernal Díaz del Castillo, y de sus coterráneos compañeros académicos Joaquín Casasús, Manuel Sánchez Mármol, Andrés Iduarte, Carlos Pellicer, Celestino y José Gorostiza y Ciprián Cabrera Jasso.

El avisgado chamaco manifestó sus deseos de trasladarse a la capital. La primera respuesta del hermano de su madre fue un revés, luego

unos azotes. Cuando el tenaz escuincle, insistió de nueva cuenta en su deseo de marcharse a estudiar, la madre suplicó al tío que lo acompañara a la capital, y una madrugada se vio perderse por el anchuroso caño a un cayuco con dos siluetas.

Al llegar a la capital, se hospedaron exhaustos y hambrientos en una fonda que la hacía de hostel.

Al día siguiente, el tío le dijo que se las arreglara solo, y solo se fue Santamaría a ver al director de educación primaria, don Arcadio Zentella, autor de la novela costumbrista *Perico* (1895) y de *Los escapularios de la virgen de Cunduacán* (1906) citadas por cierto, junto con otras obras, como referencia en el *Diccionario* que haría años después Santamaría junto con otras obras.

Aquel hombre blanco, alto, de ojos azules de esturión y de barba blanca de patriarca bíblico como su nombre, digno, de años y años de soledad, le preguntó al flaquillo descalzo qué quería y éste, recorriendo nerviosamente las alas de su sombrero de paja, le dijo sin temblar su deseo de que se le diera oportunidad de examinarse de los dos años que le faltaban para ingresar al siguiente ciclo —entonces la preparatoria— y que, además, se le diese beca para seguir estudiando. Don Arcadio Zentella guardó silencio un momento como abanicándose con su propio nombre. Luego, se puso de pie y empezó a moverse de ahí

no sin decirle al chamaco que regresara muy temprano al día siguiente. Esa noche Francisco se la pasó medio en blanco repasando los libros que cuidadosamente envueltos había venido cargando en el cayuco cuyo nombre no recordaba, aunque sí se supiera los nombres de los ríos de México. A la mañana siguiente, cuando apenas terminaba la algarabía de los pájaros, le dijo que le harían el examen solicitado e hizo pasar al joven con cara de niño a una sala donde lo esperaba un jurado. Las respuestas certeras salidas de aquella frágil humanidad produjeron un rumor de unánime, sorprendida aprobación. Arcadio Zentella citó al niño que no dudaba para la tarde, en Palacio de Gobierno.

Como llegó antes, a la hora de la siesta, se encontró con un señor grande, de aspecto militar y rubicundo rostro, que le preguntó al niño sentado en la escalera qué hacía ahí. Sin inmutarse, le respondió con naturalidad que aguardaba a Zentella. El hombre, algo obeso y muy blanco, lo hizo pasar dentro, a la antesala, como a gente de respeto. Cuando llegó don Arcadio, ambos traspusieron una puerta y vieron al mismo personaje de aspecto militar. Era el gobernador del estado Abraham Abundio Bandala quien, luego de unos momentos de reflexión bajo la mirada en el vacío de la oleografía de cuerpo entero de Porfirio Díaz, accedió a la petición, firmó el oficio y se lo entregó en la mano al niño que lo resguardó como un tesoro bajo su camisa de manta.

Al día siguiente, volvió a Macuspana en el mismo cayuco pero mirando al río con otros ojos. Pronto, estaría de nuevo en Villahermosa para continuar sus estudios, en compañía de su madre soltera a quien ayudaba con su propia pensión escolar y sacando dinero de las clases de aritmética mientras ella lavaba o remendaba ropa o vendía dulces o pan hecho en casa. En la almendra de esta anécdota inicial se condensa algo del itinerario del precoz e ilustre agonista.

En 1907, a los 18 años, publica con sus propios medios un libro de geometría en la Casa Bouret. Al año siguiente se titula con la tesis *Historia del magisterio en Tabasco*; tres años después, en 1912, se recibe en la escuela de Derecho con la brillante tesis *Los magistrados deben ser abogados*, que le abre las puertas para que poco más tarde dirija el Instituto Juárez en el que había estudiado. Pronto se traslada a la ciudad de México donde se le abren las puertas como magistrado en el circuito de lo penal y la prensa lo hace famoso con el apelativo de Juez Lince por la destreza de sus mercuriales interrogatorios a los delincuentes más astutos y escurridizos. Pero ya desde los 16 colaboraba en periódicos como *El Progreso Latino*, *El Monitor Republicano* y *La Patria*; frecuentaba tertulias como la conocida con el nombre del Relox — situada en la calle de Jesús Carranza, antes Relox y hoy República de Argentina— donde conoce al médico, escritor, traductor, diplomático, académico y político Francisco Castillo Nájera,

a Tomás Garrido Canabal y al general Francisco R. Serrano, a quien acompañaría hasta casi el borde de la tumba en la funesta aventura de Cuernavaca.

La frecuentación y amistad con este último sería en parte la responsable de que Francisco J. Santamaría, en realidad partidario en aquellos momentos del general Arnulfo Gómez, estuviese a punto de perder la vida. Se salvó de milagro, chiripa o por un pelo de la llamada matanza de Huitzilac el 3 de octubre de 1927, en la “fusilada de mis catorce compañeros, con el general Serrano a la cabeza”. Lo salvó el mismo ángel que a la edad de cuatro años impidió que muriera hundido en un fangal de donde lo rescató su “chichihua la india tuerta Santos Feria”; el mismo que a los diez de edad lo arrancó de una muerte relampagueante, esa es la palabra, y de un rayo atronador que redujo a carbón “el mango de San Joséito” donde murió su compañero de escuela Aníbal Álvarez junto con su caballo. Quizá se salvó para poder dar testimonio escrito, y muy bien escrito, de ese vergonzoso episodio de la Revolución mexicana en el cual las víctimas murieron a sangre fría por las manos deshonoradas de sus ejecutores. El episodio de la matanza del 3 de octubre en la que Santamaría se vio obligado primero a huir y luego a sufrir las amarguras y estrecheces del expatriado, le inspiraron al escritor la estremecedora y deslumbrante relación titulada *La tragedia de Cuernavaca en 1927* y

mi escapatoria célebre (1939), y luego el libro complementario de sus *Crónicas del destierro* (1933). Algunos lectores han evocado ciertos paralelismos entre la novela de Martín Luis Guzmán, *La sombra del caudillo* y la historia contada por Santamaría. Semejanzas parciales: en *La sombra del caudillo*, Guzmán fusiona en un solo episodio la rebelión encabezada por Adolfo de la Huerta que él mismo vivió, con la del asesinato del general Francisco Serrano y la de los opositores a la reelección de Obregón, mientras que en Santamaría se da un testimonio directo y veraz, vívido, aunque literariamente elaborado de los episodios de Huitzilac en el que se hace un ejercicio de crónica minuto a minuto y evoca el suspenso de una novela policiaca, en la cual los minutos parecen horas, una saga de espías como las de Eric Ambler y John Le Carré, maquinarias de precisión donde lo literario raya en lo castrense. Hasta donde sabemos, la impresionante y precisa crónica de Santamaría no ha sido reeditada desde su publicación en 1939, a pesar de las más de siete décadas transcurridas. En ambos libros, la tragedia y las crónicas, Santamaría se revela como un prosista vigoroso y audaz, capaz de rendir veloces viñetas y trazos de la vida cotidiana en los espacios sombríos de la guerra civil o bien en los claroscuros de una Usamérica descarriada, donde los ciudadanos airados se dan el lujo incendiario de celebrar un auto de fe municipal en el cual queman

vivo con gasolina a un criminal de raza negra, en los cercanos años de 1928. Ya desde antes de iniciar su forzada errancia por el país del norte, el avispado Santamaría se había dado a conocer como un maestro del periodismo, temible abogado litigante, honrado presidente de debates —al que la prensa llegó a llamar, como se ha dicho, Juez Lince—, pero sobre todo como autor solvente, primero de libros técnicos y luego literarios e históricos, así como un asiduo e inveterado comprador de libros raros en el Mercado del Volador en la ciudad de México.

III

Todo esto serían apenas indicios y preparativos de su obra como filólogo, lexicógrafo y lingüista, autor de los asombrosos tesoros llamados el *Diccionario de americanismos* en tres volúmenes (1942, 1948) y el *Diccionario de mejicanismos* (1959, 1978). Asombrosos por su abundancia de voces, por la inteligencia y sagacidad con que el lince tabasqueño trenza los cabos sueltos de las fuentes aborígenes, nahuas, mayas con los hontanares de las voces castellanas arcaicas y modernas, por la sutileza e inteligencia con que sabe hacer llegar a la superficie de la definición la palabra extraída, como un pez vivo, del contexto literario o poético de donde proviene. Ésto hace que la lectura de

la obra que él llamó modestamente *Novísimo Icazbalceta*, resulte amena y divertida como una novela de aventuras. Asombroso también por el conocimiento exactísimo de los lugares y voces que afloran en las letras mexicanas del siglo XIX —José Joaquín Fernández de Lizardi, Luis G. Inclán, Manuel Payno, José T. Cúellar, por poner unos ejemplos— y el tacto oportuno para engarzar dichas voces con sus definiciones. Los diccionarios que nos asombran no fueron de modo alguno improvisaciones. Los precedieron décadas de estudio como consta por el libro *Americanismos y barbarismos* (1921), donde vemos al lexicógrafo afilar sus letras y armas, enmendando la plana a los profesionales y académicos de la época incluido su maestro, el lingüista y académico mexicano Darío Rubio.

Fue inusitada la circunstancia de que el discurso de ingreso de un académico de número como Francisco J. Santamaría (para ocupar la silla XXIII en la que luego vendrían a sentarse Andrés Henestrosa y ahora Leopoldo Valiñas Coalla) fuera la introducción a su *Diccionario de mejicanismos* que subtitó *Razonado; comprobado con citas de autoridades, comparado con el de americanismos y con los diccionarios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanoamericanos*, y que pasó bajo la modesta advocación de don Joaquín García Icazbalceta, cuyo vocabulario éste dejó inconcluso, hasta la “G”, y cuya impresión emprendió él mismo hasta antes de morir

en 1894. Decía Icazbalceta entonces al dar a conocer su vocabulario: “no existe obra en que expresamente se trate de los provincialismos de México, mientras que otras naciones o provincias extranjeras han recogido ya los suyos...” Santamaría aspiraba a continuar la obra de García Icazbalceta, y lo logró con creces, apegado a su espíritu y autoridad. A Santamaría no le tembló el puño para modificar y actualizar fichas y cédulas:

Porque el lenguaje evoluciona o debe evolucionar, conforme cambia, se reduce o se amplía el sentido de una voz, que naciendo como nazca ésta de la boca del pueblo, del pueblo que es soberano en este atributo de crecer el idioma, él mismo podrá dar, i de hecho lo vemos i lo oímos dar diariamente, nueva acepción o más preciso o más vago sentido a una expresión; i así quien desee estar al tanto del verdadero alcance de un jiro del lenguaje popular, deberá seguir esa marcha en el desarrollo del vocablo vulgar o familiar, sobre todo en el vulgar, más aún en el plebeyo, el cual, por razón de su rebeldía a todo sometimiento jerárquico i por virtud de esa audacia propia de la ignorancia, adquiere i sufre capricho sus modificaciones, transformaciones inauditas que nadie puede explicar i que es muy difícil, cuando no inútil, investigar (Introducción p. XII).

Santamaría no se planta ante la lengua como un innovador, sino más bien como un observador y un heredero consecuente de las tareas de

otros observadores como lo fue en su momento Icazbalceta. Sin embargo, esa observación, apegada a las fuentes del habla viva, hablada en las distintas regiones de México y a los modelos lingüísticos del Siglo de Oro español, lo llevan a producir un tesoro que no dudaríamos en llamar precisamente innovador.

Al igual que Pedro Henríquez Ureña que algo sabía del español en América, Santamaría sabía que, como diría el dominicano, en relación con la lengua, “la aportación del pueblo (...) está sobre todo en la conservación de palabras indígenas...” “...y en la conservación de las viejas formas castizas...”² Santamaría supo como ninguno reconocer esos dos extremos del continente lingüístico mexicano para ir desglosando en sus referencias y definiciones su convivencia y entramado. Hay que dar crédito también a su oído y a su curiosidad, que desbordaba el ámbito estrictamente académico para ir al encuentro de la cultura popular a través, precisamente, de los libros que la documentan.

Es natural que Santamaría haya empezado abriendo fuego con un diccionario de americanismos, aunque bien supiera que las regiones lingüísticas americanas son, como señala Henríquez Ureña, cinco que abarcan grandes zonas del español hablado en América:

²Pedro Henríquez Ureña, *Archivos II*, Miguel D. Mena, editor, Ediciones Cielonaranja, “Vida, miseria y grandezas del idioma castellano en América”, reportaje y entrevista de J. Natalicio González, Santo Domingo, 2012, p. 198

1) la del Río de la Plata; 2) la de Chile; 3) la Región Andina que comprende Perú, Bolivia, el norte Argentino, el Ecuador y la mayor parte de Colombia; 4) la del Mar Caribe que comprende Las Antillas, Venezuela y la Costa Atlántica de Colombia; 5) la de México y América Central que incluye además la porción de Estados Unidos donde se habla español y que perteneció a México, y aunque bien supiera que el español hablado en México no podía desgajarse o desgarrarse del todo del español hablado en América. Hay desde luego voces que son específicamente mexicanas. Doy dos ejemplos: *desgarro*, como el producto de desgarrar: gargajo, flema o esputo, que se extiende por Cuba, Guatemala, Perú y Chile; y *desgarriate*, término vulgarote pero muy expresivo de desorden, revoltijo, rebatiña, tumulto, mitote, barullo, batahola, confusión, y todas las cosas por el estilo, que signifiquen alteración grosera del orden, en cualquier sentido. “Aquello fue un desgarriate”, se dice para expresar el extremo más alto o más grave del desorden. A veces dicese también *desgarreate*.

La introducción de Santamaría a su diccionario encierra varias lecciones en una: enseña lo que es un mejicanismo y un regionalismo, enmienda y corrige al *Diccionario de la Real Academia*, enuncia criterios para comprender “la formación de aztequismos, ésto es de términos adaptados al castellano” procedentes del náhuatl. Al mismo tiempo, hace

una lista detallada y comentada de los autores y obras mexicanos e hispanoamericanos que sobre todo en el siglo XIX y principios del XX contribuyeron con sus acervos, recopilaciones y colecciones a constituir un cuerpo lingüístico y lexicográfico del español hablado en América. Y aquí cabe subrayar el hecho de que varios años antes de que se publicara el *Diccionario de mejicanismos* en 1959, Santamaría había emprendido la titánica tarea de presentar los tres tomos de su *Diccionario general de americanismos* en 1942, consciente de que la realidad del idioma español hablado en México no podía comprenderse si antes no se tenía conocimiento de los “amplios cauces del decir” americano.

Recuerdo un par de anécdotas editoriales en relación con el *Diccionario de mejicanismos*: la primera tiene que ver con el proceso tipográfico y editorial propiamente dicho de la obra. El monumental *Diccionario* se tardó algo más de dos años en editarse bajo el celoso cuidado de Santamaría. El libro empezó a hacerse en tipos de 10 puntos y de 8 para las citas. Sin embargo el impresor de Porrúa Hermanos se dio cuenta luego de haber tirado 200 galeras que la obra llevaría con esas características más de 2,000 páginas y que por supuesto resultaba imposible producirla con el presupuesto autorizado por los Porrúa. Hubo protestas de los Porrúa cuando Larios empezó a darle pruebas a Santamaría sin autorización de ellos y sin que estuviese firmado

el contrato para la impresión. Santamaría tuvo que mediar y

se convino en modificar el formato agrandándolo i modificar el tipo achicándolo para un presupuesto reajustado que aumentase poco. Como resultado del nuevo convenio se volvió a principiar la impresión del libro definitivamente, en mayo 23 del 1957, en que me entregan pruebas, las primeras pruebas en plana del nuevo formato de 8 i 6 puntos.³

El libro terminó midiendo 28 centímetros por 20.5; la tercera edición tiene 1,207 páginas; fue impresa a dos columnas en una caja de 22.5 centímetros por 16, y pesa alrededor de 3 kilogramos con todo y su pasta verde keratol. La segunda anécdota tiene más miga civil y trae la noticia de una definición censurada a don Francisco por los dueños de la casa. Se trata de la acepción de la voz “tortillera”, “palabra de la cual los editores suprimieron, al imprimir su libro, la acepción de mujer que se machuca con otra” y sigue:

Citando a Ramos i Duarte en la sinonimia que de esta voz da en su *Dicc. de Mejicanismos*, i en vista de que mis señores Porrúa Hermanos i Cía., de Mejs., en prensa, me pidieron suprimir i suprimieron ‘por fuerte’ la 2ª acepción (figurada) de *Tortillera*, al llegar a citar la sinonimia del maestro Ramos, tuve a bien poner esta nota:

³Francisco J. Santamaría, *Memorias, acotaciones y pasatiempos* (14) “Agosto 9, sábado, 58”, pp. 19-20. Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México. 1981

Si esto también “está fuerte”
(i en ello de acuerdo estamos),
que corra la misma suerte
el pobre magister Ramos.
(Es decir, que se suprimiera, como la 2ª acepción de
Tortillera.) No se suprimió.

Cabe decir que el mismo Santamaría pudo incluir esa segunda y censurada acepción en su *Diccionario de americanismos*, al menos en la edición en tres volúmenes de 1988 que fue cuidada por su hija adoptiva, la doctora Mercedes Santamaría Hernández, para el departamento editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, donde queda definida esta voz en su tercera acepción como “mujer que tiene el vicio de tortillear, tortillarse o echar tortillas con otra” (T-III. p. 206). La acepción no la recogen otros diccionarios de mexicanismos más modernos. Se dice que se trata de una voz del español general y que por ello no se encuentra en los diccionarios de regionalismos o provincialismos del idioma. Su etimología es incierta.

El *Diccionario de mexicanismos* trae muchas sorpresas. Registra, por ejemplo, los hispanismos presentes en el inglés del sur de los Estados Unidos. Por poner un último botón de muestra: la voz “adobe” que —nos dice— “En el antiguo territorio mejicano hoy *noramericano*, se toma en el sentido de casa o construcción de adobes: *She lived in her old adobe* o en el

de terreno a propósito para edificar en él con adobe: un *adobe sole* (p. 31).

IV

Bataillon con Santamaría: un sabio visita a otro

Siempre le he tenido simpatía, lo he dicho antes, al lexicógrafo, escritor Francisco J. Santamaría (1886-1963). Su *Diccionario de mexicanismos*⁴ y su *Diccionario de americanismos*⁵ se alzan en mi memoria como hazañas personales comparables a la que dieron lugar a diccionarios como el Oxford, el Webster, el Littré. No sólo me cautiva la oceánica diversidad de sus voces, sino el encarnizamiento —no encuentro otra palabra— con que el autor las documenta. Aparece Francisco J. Santamaría como un investigador de otra época, que demuestra sus conocimientos a cada vuelta de hoja con una cita literaria o una referencia histórica —con una autoridad. Santamaría surge en mi imaginación como una suerte de Atlas que sostuviera el mundo americano —con sus indigenismos, criollismos y mestizajes múltiples— sobre sus propios hombros.

⁴Francisco J. Santamaría, *Diccionario de mexicanismos*, 3ª ed. corregida y aumentada, Editorial Porrúa, S. A., México, D. F. 1978

⁵Francisco J. Santamaría, *Diccionario general de americanismos*, 2ª ed. (3 tomos), Gobierno del Estado de Tabasco, México. 1988

Si el *Diccionario de mejicanismos. Razonado; comprobado con citas de autoridades; comparado con el de americanismos y con los vocabularios provinciales de los más distinguidos diccionaristas hispanamericanos* (1959), de Porrúa, es un objeto tan habitual como necesario para el mexicano electivo tanto como para el nativo semiconsciente porque semialfabetizado, y uno lo encuentra fácilmente en bibliotecas públicas y privadas, el *Diccionario de americanismos* (Editorial Pedro Robredo, México, 1942) escasea más en los estantes universitarios y escolares. Fue editado la última vez desde el Gobierno del Estado de Tabasco por don Enrique González Pedrero (y Julieta Campos, su áulica y conyugal consejera) quien fue, al igual que Santamaría, gobernador de Tabasco. Debo los tomos de este *Diccionario* precisamente a don Enrique, quien llegó a trabajar como director del Fondo de Cultura Económica entre 1988 y 1989. Yo me desempeñaba como editor y soñaba con que esta casa incluyera la mencionada obra maestra de la lexicografía americana en su catálogo. Nunca pude hacerlo, pero he leído y consultado a lo largo de los años los ejemplares lexicones de Santamaría como si fuesen novelas. Un amigo que compartía conmigo ese gusto era el escritor y filósofo Alejandro Rossi. A veces nos divertíamos comparando alguna palabra presente en Santamaría con la misma o alguna afín incluida en los tres tomos de *El*

*habla de Venezuela*⁶ de Ángel Rosenblat o con algunos otros diccionarios de americanismos (el Malaret⁷ o el de Hildebrandt⁸) donde se podía palpar lo que Alejandro llamaba “el habla de las regiones”. Sabía lo que decía. La vitalidad y la energía de don Francisco en sus diccionarios me hacían soñar despierto. Por eso no me extraña demasiado que algunos jóvenes lingüistas lo acusen de provinciano con mecánica ironía y gesto condescendiente, pasando por alto el hecho de que sus diccionarios lo son de autoridades.

Pronto me daría cuenta de que eran ellos los condescendientes y aldeanos y que pertenecían a la raza prefabricada de los investigadores improvisados a medias porque ignoran la realidad y su crudeza. Don Francisco J. Santamaría fue ciertamente un hombre de otra edad, pero definitivamente arraigado en su húmedo Tabasco, en el tórrido puerto de Veracruz, en el Caribe, en la ancha América, en el continente llamado México. Al final de su vida, empezó a correr su fama por el mundo. Un signo de ese curso de la voz que se va pasando de boca en boca fue la visita que el hispanista

⁶Ángel Rosenblat, *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras*, prólogo de Mariano Picón Salas (2 tomos), Monte Ávila Latinoamericana, C.A., Caracas, Venezuela, T-I y T-II. 1984

⁷Augusto Malaret, *Diccionario de americanismos*. Biblioteca Emecé de Obras Universales, sección XI, referencia y varios, Buenos Aires, Argentina. 1946

⁸Martha Hildebrandt, *El habla culta (o lo que debiera serlo)*, 2ª ed., Martha Hildebrandt, Lima, Perú. 2003

francés, Marcel Bataillon, hizo a Francisco J. Santamaría cuando vino a México en 1958.

De esa visita amistosa que el autor de *Erasmus y España* hizo a Santamaría, éste ha dejado, venciendo el pudor, una hoja perenne en su libro *Memorias, acotaciones y pasatiempos*.⁹ El libro estaba esperándome en la mesa de remates de la Librería Madero de Enrique Fuentes. Dice Santamaría en esos apuntes:

1958

Agosto 12

En el Desp. de Raf. por la mañana, llega el Dr. Melo llevando a presentarme al sabio francés Mr. Marcel Bataillon, q. trae carta de introducción cerca de mí del Lic. Jorge Gurría L., de Méjico.

Marcel Bataillon es un verdadero sabio. Es Director del Colegio de France, en París, nada menos. Entra en charla conmigo. Ha venido —dice— a Veracruz por conocerme i conocer mi biblioteca i mi fichero de cédulas del *Dicc. de americanismos*, que admira con asombro.

Por la tarde se instala en mi casa, revisando libros en la biblioteca i admirando algunos. Pero me pide conocer mi fichero de cédulas del *Dicc.* para darse cuenta de cómo trabajo. Me echa una flor que casi me tumba: “A usted le pasará lo que a Cervantes: no han comprendido que su libro es el *Dicc.* de

⁹Francisco J. Santamaría, *Memorias, acotaciones y pasatiempos* (14), Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, México, 1981. Presentado y prologado por Manuel González Calzada.

un mundo. Dentro de 50 o cien años empezarán a entenderlo i admirarle. La gloria siempre llega tarde”. I pienso en lo que dijo Julio Flores: “Todo nos llega tarde, hasta la muerte.” La mejor galantería que se ha dicho de mi Dicc. es la frase de este auténtico sabio, Marcel Bataillon.

Cómo se aprende con estos hombres grandes por el saber. Ve mi fichero o cedulaario i exclama: “igual a mí es usted para trabajar. Me cargan los investigadores *cortados a la moda* en cédulas perfectas: todas iguales en tamaño; todas blancas: 13 X 9 cm. Lo suyo es multicolor i variado. Hace ud. una cédula del papel que primero tiene a su alcance al venirle una idea, i así, toma un sobre de carta que acaba de recibir i lo recorta de un tijeretazo, o el papel amarillo de una envoltura en cartulina o papel marquilla, o cualquier retazo que se tenga a mano; el caso es atrapar la idea i llevarla al archivo de donde a todo momento se la puede sacar para que polemice en el ambiente literario. ¡Cuántas veces también la forma, el color, una cualidad peculiar de la papeleta sirve como auxiliar mnemónico o mnemotécnico para encontrar una idea perdida o escondida por entre el laberinto cerebral. Esto lo apunté —dice uno— en una papeleta azul, que era envoltura, o que era el sobre de una carta; o así por el estilo. Por asociación de ideas llega uno a lo que se buscaba”. Esto i otras cosas i reflexiones interesantes brotaron de sus labios finos que aguza el sabio casi en forma de pico de ave.

En la biblioteca ha curioseado más de una cosa y emitido una opinión o hecho una observación curiosa de un libro. Abre Covarrubias, la 1ª ed. de

1611, i dice: “Yo sólo he tenido la segunda, que es más importante como instrumento de trabajo, porque contiene el Aldrete, que vale también mucho como obra de consulta lingüística”.

La observación es juiciosa i como de aquel a quien es familiar el libro, a pesar de su rareza.

Habla de autores i obras españoles con la misma familiaridad con que lo haría Menéndez Pidal (o Marañón).

I la tarde se pasó sin sentirla. El hombre nos deja en la boca el sabor de una golosina.

A Bataillon y a Santamaría los unía el amor por la lengua del Siglo de Oro y la edad de los caballeros. Honrar la memoria de Francisco Santamaría es refrescar esa raíz, ponernos a la sombra de ese árbol y recordar con el paladar de la mente el sabor de las edades hazañosas.

Bibliografía directa

- SANTAMARÍA, Francisco J., *Americanismo y barbarismo*, Librería "CVLTVRA", México, D.F., 1921. pág. 280, propiedad del autor.
- *De mi cosecha*, Editorial "CVLTVRA", México, 1921, pág. 160, propiedad del autor.
- *Crónicas del destierro: Desde la ciudad de hierro. Diario de un desterrado mejicano en Nueva York*, Editorial "CVLTVRA", México, 1933, propiedad del autor.
- *El periodismo en Tabasco*, Ediciones Botas, México, 1936. pág. 314, propiedad del autor.
- *La tragedia de Cuernavaca en 1927 y mi escapatoria célebre*, México, 1939, pág. 175, propiedad del autor.
- *El movimiento cultural en Tabasco*, Gobierno Constitucional de Tabasco, 1945, pág. 64, propiedad del autor.
- *El verdadero Grijalva*, publicaciones del Gobierno del Estado, (Escritores tabasqueños), 2ª edición, 1949, México, pág. 70, propiedad del autor.
- *La poesía Tabasqueña*, Editorial Yucatanense "Club del libro", 2ª edición 1950, pág. 290.
- *Novísimo Icazbalceta o Diccionario completo de mejicanismos*, México, D.F., 1954, pág. 66, propiedad del autor.

- Domingos académicos*, México, 1959, pág. 256, propiedad del autor.
- Diccionario de mejicanismos*, Editorial Porrúa, S.A., 1ª edición, 1959; 3ª edición 1978, corregida y aumentada, México, pág. 1208.
- Memorias, acotaciones y pasatiempos (7)*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1ª edición, 1981, México.
- Memorias, acotaciones y pasatiempos (14)*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1ª edición, 1981, México.
- Memorias, acotaciones y pasatiempos (18)*, Consejo Editorial del Gobierno del Estado de Tabasco, 1ª edición, 1981, México.
- Diccionario general de americanismos*, 3 tomos, Gobierno del Estado de Tabasco 2ª edición, 1988, México.

Bibliografía indirecta

- GARRIDO, Luis, “Presencia de Francisco J. Santamaría”. Homenaje en la sesión pública celebrada el 13 de diciembre de 1963, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Lengua*, tomo XIX, México, 1968 pp. 199-205.
- HILDEBRANDT, Martha, *El habla culta (o lo que debiera serlo)*, 2ª edición, Lima, 2003.
- LÓPEZ, Carlos, *Voces de Guatemala*, Editorial Praxis, México, 2005.
- MALARET, Augusto, *Diccionario de americanismos*, 3ª edición, Biblioteca Emecé de Obras Universales, sección XI, referencia y varios, Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, 1943.
- MARTÍNEZ ASSAD, Carlos, *Tabasco. Historia breve*, 1ª edición, 1996; 2ª edición, 2006; 3ª edición, 2010; 4ª edición, 2011; editado por Fondo de Cultura Económica, El Colegio de México y Fideicomiso Historia de las Américas, pág. 314.
- MENDOZA GUERRERO, Everardo; José Gaxiola López (coordinadores), *Sinaloa y sus hablantes*, Universidad Autónoma de Sinaloa, El Colegio de Sinaloa, México, 1996.
- PANE, Leni, *Los paraguayismos. El español en el habla cotidiana de los paraguayos*, Arandurã Editorial, Asunción, Paraguay, 2005.

- PASCUAL RECUERO, Pascual, *Diccionario básico ladino-español*, Ameller Ediciones, Biblioteca Nueva Sefarad, volumen III, España, 1977.
- ROSENBLAT, Ángel, *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras. T-I*, prólogo de Mariano Picón Salas, (1ª edición, Ediciones Edime, 1956; 1ª edición, en M.A., 1987; 2ª edición, 1993), Monte Ávila Latinoamericana, C. A., Caracas, Venezuela, 1984.
- *Estudios sobre el habla de Venezuela. Buenas y malas palabras. T-II*, (1ª edición, Ediciones Edime, 1956; 2ª edición, Ediciones Edime, 1960; 3ª edición, Ediciones Edime, 1969; 1ª edición en M.A., 1989) Monte Ávila Editores, C.A., Caracas Venezuela, 1984.
- SOTO POSADA, Gonzalo, *La sabiduría criolla. Refranero hispanoamericano*, Veron Editores, Barcelona, España, 1997.
- VELÁSQUEZ, José Humberto, *Leperario salvadoreño. Fichas de campo 1961-80*, Colección Antropología [No tiene página legal]



Dr. José Manuel Piña Gutiérrez
Rector

Dra. Dora María Frías Márquez
Secretaria de Servicios Académicos

Ing. Miguel Ángel Ruiz Magdónel
Director de Difusión Cultural

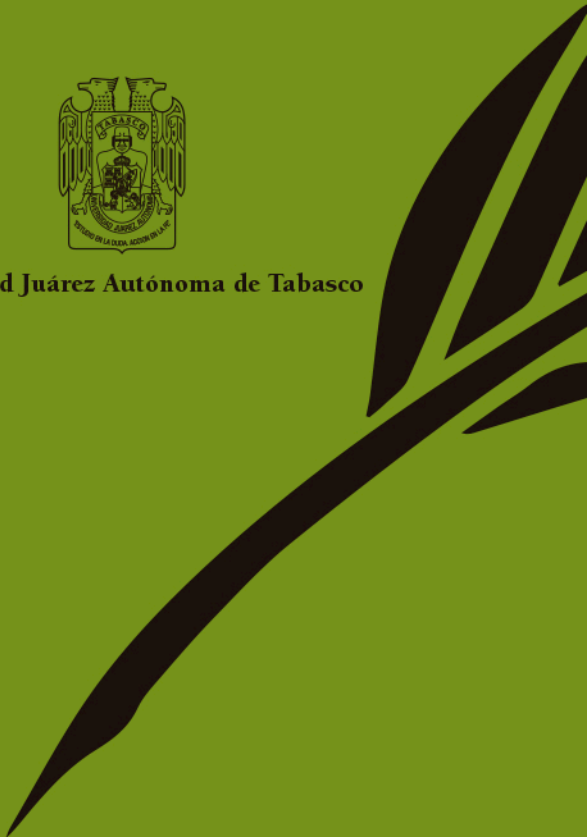
Lic. Luis Alberto López Acopa
Jefe del Departamento Editorial Cultural



Esta obra se terminó de imprimir el 28 de octubre de 2013, con un tiraje de 1000 ejemplares. Impreso en Morari, Formas Continuas S.A. de C.V. Calle Heroico Colegio Militar, Colonia Atasta. Villahermosa, Tabasco, México. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor y del Departamento Editorial Cultural de la Dirección de Difusión Cultural y el Fondo Editorial Universitario.



Universidad Juárez Autónoma de Tabasco



COLECCIÓN
ANDRÉS IDUARTE
Biografías y Perfiles